**REAVIVAR LA ESPERANZA EN ESTA NAVIDAD DEL JUBILEO DEL 2025**

El Papa inaugurará oficialmente el Año Santo el próximo 24 de diciembre con la apertura de la Puerta Santa de la Basílica de san Pedro a las 19:00. Luego presidirá la celebración de la Santa Misa en la noche de la Natividad del Señor. El domingo 29 de diciembre, fiesta de la Sagrada Familia, los obispos celebrarán la Eucaristía en todas las catedrales y concatedrales como apertura solemne del Año jubilar. Se clausurará con el cierre de la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pedro el 6 de enero de 2026, Epifanía del Señor.

El mensaje central del Jubileo es la esperanza. El Papa desea que este tiempo de gracia *“sea para todos ocasión de reavivar la esperanza”*. Por eso eligió como lema *<Peregrinos de la Esperanza>.* En el videomensaje de diciembre “Por los peregrinos de la Esperanza” [[1]](#footnote-1) (dura 2 minutos y 4 segundos) difundido por la Red Mundial de Oración del Papa, Francisco recordaba: *“La esperanza cristiana es un regalo de Dios que llena de alegría nuestra vida. Y hoy, la necesitamos tanto. ¡El mundo la necesita tanto!”*. Y proponía: *“Llenemos nuestro día a día con el don que Dios nos da de la esperanza y permitamos que a través de nosotros llegue a todos cuantos la buscan. No se olviden: la esperanza no defrauda nunca”.* En esta charla desarrollaré algunas ideas para reavivar la esperanza en Adviento y Navidad y, con ese impulso inicial, vivir el Año jubilar, en ese propósito.

***¿Puedo esperar “con la que está cayendo”?***

Es una pregunta de muchos. No es necesario ser un experto para darse cuenta de que el presente no es halagüeño y que el futuro es incierto; sin especial esfuerzo cada uno podría listar las cuestiones personales, familiares, sociales y globales que apoyarían una visión pesimista, desalentadora o escéptica del mundo actual. El Papa presenta algunas, calificadas de *signos de los tiempos*, en la Bula *“Spes non confundit”*[[2]](#footnote-2) para convocar el Jubileo del 2025; no para quejarse sino para afrontarlas con valentía apoyados en la gracia que Dios nos da; para llevar la salvación que Jesús trae al mundo, y así transformarlas en *signos de esperanza*. La primera tragedia que destaca es *la* *guerra*; seguida de *la pérdida del deseo de transmitir la vida*, con la preocupante *disminución de la natalidad*. Hay una serie de personas a las que desea ofrecer signos de esperanza: los presos, los enfermos, los jóvenes, los migrantes, los ancianos y los pobres. También hace una llamada a atender a los que carecen de agua y alimento, y una invitación a las naciones ricas para condonar la deuda de los países que nunca podrán saldarlas.

Pero, ¿es posible esperar, vencer el miedo, el desaliento, la duda? Los cristianos podemos decir con certeza que sí. ¿Cuáles son nuestras razones? Se resumen en una persona: Jesucristo. San Pablo llama a *“Cristo Jesús, esperanza nuestra”* (1Timoteo 1, 1). En la Vigilia Pascual del 2020, en una Basílica de san Pedro casi desierta por las medidas sanitarias, el Papa predicaba: *“En esta noche, conquistamos un derecho fundamental, que no nos será arrebatado: el derecho a la esperanza; es una esperanza nueva, viva, que viene de Dios. No es un mero optimismo, no es una palmadita en la espalda o unas palabras de ánimo de circunstancia, con una sonrisa pasajera. No. Es un don del Cielo, que no podíamos alcanzar por nosotros mismos* (...) *La esperanza de Jesús es distinta, infunde en el corazón la certeza de que Dios conduce todo hacia el bien, porque incluso hace salir de la tumba la vida”*. Cristo vive. Jesús es el Emmanuel: Dios con nosotros. Camina a nuestro lado y nos da la mano. *“Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo”* (Salmo 22, 4). La esperanza cristiana no se asienta en nuestras fuerzas o en la ausencia de dificultades, sino en que Dios está conmigo, está dentro de mí. *“Es el Espíritu Santo el que hace que Jesús viva y renazca en nosotros, el que nos resucita por dentro”*[[3]](#footnote-3)*,* por eso san Pablo afirma: *“la esperanza no defrauda”* (Romanos 5, 5).

***Tres verdades para esperar contra toda esperanza***

La Virgen María pertenece a lista de almas que *“apoyadas en la esperanza, creyeron contra toda esperanza”* (Romanos 4, 18), expresión que san Pablo emplea al hablar de Abraham. La Virgen esperó contra toda esperanza ser la madre de Dios… sin intervención de varón; y profetizó que sería bienaventurada por todas las generaciones... siendo una adolescente de Nazaret, un pueblo desconocido que ni siquiera aparece en el Antiguo Testamento.

Juan Pablo I daba una razón de ese esperar contra toda esperanza: *“se aferran a tres verdades: Dios es omnipotente, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a las promesas”*[[4]](#footnote-4). Dios me ama con locura y es fiel a su designio de amor para cada uno, y pone su infinito poder al servicio de su misericordia para ayudarnos a ser felices. Una felicidad que solo será plena en el cielo, pero que *“aun viviendo en la tierra, Dios quiere que nos esforcemos por llevar vida del cielo. <Es preciso —nos dice— que deseéis el cielo y los bienes del cielo; sin embargo, antes de llegar al cielo, yo os mando que hagáis, de la tierra, cielo; y que, aun viviendo en la tierra, todo lo hagáis y digáis como si ya estuvierais en el cielo>”*[[5]](#footnote-5). Es una bella figura de lo que es la vida del cristiano. Por una parte, manifiesta ese querer divino que, al crearnos, desea y procura nuestra felicidad. Es lo que todo padre anhela para sus hijos; así Dios, Padre nuestro. *“Pues si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden!”* (Mateo 7, 11). Por otra, vivir el día así, con alegre esperanza, es opuesto a dejarse llevar por la pasividad (sin pasión), por el abandono de las propias tareas, por la comodidad, por la tranquilidad aparente de una vida mediocre, por los pecados de omisión (contra la misión); es justo lo contrario, se manifiesta por el compromiso decidido de hacer, de la tierra, cielo. La esperanza del Cielo es declaradamente inconformista, nos marca una meta para el presente, “imposible” sin su ayuda: ser santos. Es decir, ser y vivir como hijos suyos, como Jesús, su Hijo Unigénito; que se nos ha revelado con acciones y palabras, que tienen un resumen ejemplar en las Bienaventuranzas. Los 10 mandamientos se suponen, pero no bastan.

La prueba de que Dios no miente es Jesucristo. Él es la garantía plena de que alcanzaremos los bienes prometidos. *“El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?”* (Romanos 8, 32)*. “Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros”* (Romanos 8, 34) es la fuente inagotable de confianza del cristiano. *“Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí”* (Gálatas 2, 20). El misterio Pascual está íntimamente unido al misterio de la Encarnación, que preparamos en Adviento y revivimos en Navidad.

***Solo espera quien recuerda, quien confía, quien es amado***

Jesús nos anuncia, en cada página del Evangelio, un mensaje de esperanza, porque cada acción, palabra, mirada y afecto nace de su Corazón Sacratísimo, icono de la Misericordia infinita de Dios, y manifiesta el inmenso amor que nos tiene. Crecerá nuestra esperanza si leemos y meditamos la Biblia, y en especial los Evangelios. Esta es la buena nueva, *evangelium*, que nos revela Cristo. Es el camino para descubrir y experimentar todo lo que Dios ha hecho, hace y hará por nosotros, fundamento de la esperanza.

Adviento y Navidad es tiempo para recordar y actualizar la fe. Participar en la espera anhelante del pueblo de Israel de la llegada del Mesías; una expectación de siglos, anunciada por los profetas, de manera eminente e inmediata, por san Juan Bautista, el precursor. Revivir con emoción y alegría inmensas el nacimiento del Redentor en Belén. Nuestra mirada de esperanza al futuro está cimentada en un hecho real del pasado. Navidad deriva del vocablo latino *Nativitate*, que está formado por tres voces: *nati* (nacimiento), *vita* (vida) y *te* (para ti), es decir, la vida ha nacido para cada uno de nosotros. Ese es el núcleo de la Navidad: ha llegado la *“plenitud de los tiempos”* (Gálatas 4, 4), Dios realiza su plan de salvación. En la persona de Jesús, divinidad y humanidad se unieron misteriosamente. *“Jesucristo, a causa de su amor superabundante, se ha convertido en lo que somos para convertirnos en lo que Él es”[[6]](#footnote-6)*. El Hijo de Dios vino al mundo para conceder a los que le reciban y crean en Él, *“el poder de ser hijos de Dios”* (Juan 1, 12). En Cristo *“habita la plenitud de la divinidad corporalmente, y por él, habéis obtenido vuestra plenitud”* (Colosenses 2, 9-10), afirmará san Pablo; el hombre regenerado por el Espíritu Santo *“es templo de Dios y mora en nuestra alma”* (ref. 1 Corintios 6, 19).

La fe renovada en la verdad de la filiación divina, fundamento de nuestra identidad cristiana, despertará en la voluntad la esperanza confiada, ya que *"la fe es fundamento de las cosas que se esperan"* (Hebreos 11, 1). Y esa espera confiada encenderá el amor a Dios. La Encarnación es un gran acto de amor. *“El que alguien nos ame hace que nosotros esperemos en él; el amor a él es causado por la esperanza que en él tenemos”* (santo Tomás de Aquino). Olvidar que Dios nos ama incondicional y gratuitamente, desconocer cómo nos ama, impide que germine la esperanza; y si no esperamos nada de Dios, si no esperamos que su amor nos haga felices, qué razón tendremos para amarle. Y a su vez, cuánto más confiemos en que la felicidad se encuentra en su amor, más procuraremos amarle.

***La esperanza que no defrauda***

La esperanza cristiana es de naturaleza diferente de las esperanzas humanas, necesarias para la vida, aunque las permea de una luz y fuerza divinas, sosteniéndolas y alineándolas con la meta del Cielo. Como hemos visto, el fundamento de la esperanza cristiana es la confianza en el amor de Dios que nos ha manifestado en Jesús, un amor que es transformador.

En el Bautismo hemos recibido la vida de Jesús, sigo siendo *“yo, pero no solo yo”*, decía Benedicto XVI. *“Esa vida se desarrolla en la docilidad a la gracia de Dios y, por tanto, está animada por la esperanza, que se renueva siempre y se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo”*[[7]](#footnote-7). Por eso, quien tiene esperanza vive de otra manera, ya que por Jesucristo se nos ha dado una vida nueva. Es realmente así. *“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por El son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”*[[8]](#footnote-8). Ese es el anuncio de la Navidad: *“No temáis, porque os traigo una Buena Noticia, una gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”* (Lucas 2, 10-11). Esta esperanza no la podemos guardar para nosotros solos, debe llegar a muchos, llegar a todos. Es la misión de los cristianos de cualquier tiempo.

***Tres reconstituyentes de la esperanza para esta Navidad... y siempre***

Son la oración, la confesión y la eucaristía. No son los únicos, pero sí son imprescindibles, ya que los tres son necesarios para acrecentar la vida de Dios en nosotros, fundamento de la esperanza cristiana.

**1. Oración**. Cuenta el cardenal Angelo Comastri, recordando un encuentro que tuvo con la Madre Teresa de Calcuta: “Ella me miró con dos ojos límpidos y penetrantes. Luego me dijo: *<¿Cuántas horas reza al día?>*. Me quedé muy sorprendido por tal pregunta e intentando defenderme le repliqué: - Madre, de usted me hubiera esperado un reclamo a la caridad, una invitación a amar a los pobres. ¿Por qué me pregunta cuántas horas rezo? La Madre Teresa me tomó las manos y las apretó entre las suyas, casi como para transmitir lo que tenía en el corazón; luego me confió: *<Hijo mío, sin Dios somos demasiado pobres para poder ayudar a los pobres. Recuerda: yo soy sólo una pobre mujer que reza. Rezando, Dios pone en mí su Amor en el corazón y así puedo amar a los pobres. ¡Orando!>*. Detrás de esta certeza común de los santos encontramos la enseñanza de Jesús a sus discípulos: *“Sin mí no podéis hacer nada”* (Juan 15, 5). Sin Cristo, nada. En Cristo, todo. El secreto de esperarlo todo es permanecer unidos a Él, cuidando la oración. Qué mejor en Navidad, orar ante el Belén. *“Es como un Evangelio vivo, que surge de las páginas de la Sagrada Escritura. La contemplación de la escena de la Navidad, nos invita a ponernos espiritualmente en camino, atraídos por la humildad de Aquel que se ha hecho hombre para encontrar a cada hombre”*[[9]](#footnote-9), escribía Francisco en su carta *Admirabile signum*, sobre el Belén.

Recordemos que el demonio tiene un interés claro en evitar que oremos, tiembla cuando oramos*.* Porque cuando oramos, la Misericordia divina se pone a nuestro servicio. La esperanza se manifiesta en el deseo de dejar actuar a Dios en nuestra vida, de contar con Él para todo, de confiarle todo. De fiarlo todo a la oración. Es la experiencia de san Pablo: *“Todo lo puedo en Aquel que me conforta”* (Filipenses 4, 13). *“En el niño Jesús se hace patente, más que en ninguna otra parte, la indefensión del amor de Dios: Dios viene sin armas, porque no pretende asaltar desde fuera, sino conquistar desde dentro y transformar a partir de dentro”*[[10]](#footnote-10). La oración nos “endiosa”, nos “entusiasma”. Entusiasmo, en griego, deriva de *“éndon”* (dentro) y de *“Theós”* (Dios). Una persona entusiasmada es aquella que tiene a Dios dentro y ha sido transformada, y por eso espera.

**2. Confesión.** Cercana ya la Navidad de 1980, Juan Pablo II estuvo con más de mil niños en una parroquia de Roma. Y en la catequesis les preguntó: <*¿Cómo os preparáis para la Navidad?>* Con la oración, responden los chicos gritando. <*Bien, con la oración*, les dice el Papa, *pero también con la Confesión. Tenéis que confesaros para acudir después a la Comunión. ¿Lo haréis?>* Y los centenares de chicos, más fuerte todavía, responden: ¡Lo haremos! <*Sí, debéis hacerlo*. Y en voz más baja: *El Papa también se confesará para recibir dignamente al Niño Dios>.* Es un buen consejo para vivirlo en estos días… Jesús desea nacer en nuestro corazón. Qué pena que no encuentre sitio, como le ocurrió en Belén, que no había lugar para él en la posada. No le abrieron la puerta. Abramos la nuestra y permitamos que entre, que nos inunde su misericordia y nos colme de esperanza.

La esperanza cristiana se renueva cada vez que acudimos a la confesión, y humildemente reconocemos nuestra miseria y pedimos perdón a Dios. Permitimos que Jesús, buen samaritano, actúe. Por eso, la confesión es un elemento esencial de los Jubileos. *“La Reconciliación sacramental no es sólo una hermosa oportunidad espiritual, sino que representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno. En ella permitimos que el Señor destruya nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abrace, que nos muestre su rostro tierno y compasivo. No hay mejor manera de conocer a Dios que dejándonos reconciliar con Él* (ref. 2 Corintios5, 20), *experimentando su perdón”*[[11]](#footnote-11), afirmaba el Papa en la Bula de convocatoria del Año santo. El 2º domingo de Adviento, fiesta de la Inmaculada, volvió a proponerlo en sus palabras antes del *Angelus*: *“Y os doy un consejo. Hoy es un día hermoso para decidirse a hacer una buena Confesión. Si hoy no podéis ir, en esta semana, hasta el próximo domingo abrid el corazón y el Señor perdona todo, todo, todo”*.

**3. Eucaristía**. La esperanza cristiana se alimenta de la Eucaristía, nuestro tesoro más bello. Es el remedio de nuestra indigencia, dejarnos llenar de las gracias del Espíritu Santo que Jesús nos dona. El está presente entre nosotros *“siempre, hasta la consumación del mundo”* (Mateo 28, 20), pero con frecuencia lo olvidamos, no alegramos la vida con la Eucaristía. Ojalá que en Navidad no nos ocurra, y nos organicemos para dar sitio en nuestra alma y en nuestro día a la Eucaristía.

Cada vez que participamos en la santa Misa actualizamos que hemos sido redimidos, liberados, salvados por Jesús, muerto y resucitado, nuestra esperanza. Cada vez que comulgamos Jesús nos identifica con él: *“este es el prodigio de la comunión: ¡nos convertimos en lo que recibimos!”*[[12]](#footnote-12). Cada vez que visitamos a Jesús Eucaristía, adorándole, exponiéndonos a su mirada amabilísima, le damos la posibilidad de que en nuestra alma se realice algo semejante a lo que sucede en las plantas sometidas a la luz del sol. Gracias a esa luz se origina la función clorofílica: la planta tiene vida; pero también permite la vida, ya que se regenera el oxígeno de la atmósfera. Nos conviene gozar de Dios escondido en el Sagrario, y conviene al mundo, que queremos hacerlo mejor, más amable, derramando el amor que recibimos en la Eucaristía.

***Regalemos esperanza***

*“Hacer lo que hacía Jesús. La esperanza que habita en nosotros* (…) *debe necesariamente salir fuera, tomando la forma exquisita e inconfundible de la dulzura, del respeto, de la benevolencia hacia el prójimo, llegando incluso a perdonar a quien nos hace daño”*[[13]](#footnote-13). El ejemplo de Jesús en Belén nos saca del egoísmo y mueve a servir con pequeños gestos, y así regalar esperanza. En esta Navidad regalemos una sonrisa sincera, aunque sea a veces costosa; regalemos compañía, aunque exija ajustar los planes; regalemos consuelo al que sufre, al que está solo, a los mayores; regalemos comprensión para pasar por alto lo que nos molesta y facilitar la convivencia; regalemos perdón: *“el mundo necesita el perdón; demasiadas personas viven encerradas en el rencor e incuban el odio, porque, incapaces de perdonar, arruinan su propia vida y la de los demás, en lugar de encontrar la alegría de la serenidad y de la paz”*[[14]](#footnote-14); regalemos atenciones a aquellos que lo están pasando mal. Podemos acercarnos a la parroquia y ofrecernos para ayudar, por ejemplo a familias necesitadas de comida especial para las fiestas o de regalos para los hijos; podemos ayudar en algún comedor social; participar en alguna iniciativa solidaria; hacer una limosna generosa…

Regalemos esperanza dando a Dios. *“Cada uno de nosotros se hace portador de la Buena Noticia con los que encuentra, testimoniando con acciones concretas de misericordia la alegría de haber encontrado a Jesús y su amor”*[[15]](#footnote-15). Compartamos el amor divino con todos, empezando por los más próximos. De ese amor nacerá la alegre y segura esperanza, que nunca defrauda.

1. <https://youtu.be/u4wr-ySLA0E?list=PLGPDOIdMOZigx5lkndwP9GTO5AzSfHPJR> [↑](#footnote-ref-1)
2. <https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/20240509_spes-non-confundit_bolla-giubileo2025.html> [↑](#footnote-ref-2)
3. Francisco, homilía fiesta de Pentecostés (9.06.2019). [↑](#footnote-ref-3)
4. Beato Juan Pablo I, catequesis (20.09.1978). [↑](#footnote-ref-4)
5. San Juan Crisóstomo, Homilía sobre el Evangelio de san Mateo. [↑](#footnote-ref-5)
6. San Ireneo de Lyon, prefacio del Libro V *Contra las herejías*. [↑](#footnote-ref-6)
7. Francisco, Bula *Spes non confundit* n. 3. [↑](#footnote-ref-7)
8. Francisco, exhortación apostólica *Evangelii gaudium* n. 1. [↑](#footnote-ref-8)
9. <https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco-lettera-ap_20191201_admirabile-signum.html> [↑](#footnote-ref-9)
10. Cardenal Ratzinger, El rostro de Dios p. 20. [↑](#footnote-ref-10)
11. Francisco, Bula *Spes non confundit* n. 23. [↑](#footnote-ref-11)
12. Francisco, catequesis (21.03.2018). [↑](#footnote-ref-12)
13. Francisco, catequesis (5.04.2017). [↑](#footnote-ref-13)
14. Francisco, catequesis (4.10.2016). [↑](#footnote-ref-14)
15. Francisco, carta *Admirabile signum* n. 9. [↑](#footnote-ref-15)